

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

EL HIJO DEL HERRERO

Cuando Lázaro llegó á su casa, Natalia acababa de acostar á sus dos niños.

Por dos noches consecutivas el herrero había venido borracho y esta noche, que hacía el número tres, su andar era aún más torpe y más vaga su mirada.

—Pobre hombre mío, dijo Natalia en voz baja para no despertar á los niños, esto no puede continuar; la obra por hacer se amontona, los parroquianos se marchan descontentos. Antes de seis meses habremos perdido la clientela.

—¿Quién te mete en eso? masculló Lázaro.

—Me meto en lo que me causa grandes disgustos. Tenemos que pagar á fin de mes una cuenta de más de 100 pesetas; ¿has pensado en ello? Estamos á 15 y aún no hay un perro chico en casa.... y además los niños no tienen que vestir. Si tu intención es no volver á trabajar, más valiera que lo dijese francamente; yo me las compondré sola para educarlos y criarlos.

—¿Quiere decir que soy un hombre inútil?

—No; tú eras trabajador cuando nos hemos casado, pero hoy vas llegando á no serlo. Si supieras el disgusto que me causas bebiendo de ese modo!

Lázaro pareció reflexionar, mirando en en el vacío, bamboleando la cabeza y en actitud vacilante. Después, brutalmente, declaró bajo la impresión de una idea de borracho:

—¿Con que te disgusto? Pues bien, no te molestaré más.... ¡Estate tranquila!

Y se dirigió á la puerta, donde su mujer le detuvo diciendo:

¿A dónde vas?

—A ganar mi vida en otra parte. Ya estoy harto de tus reproches.... ¡Adios!

Realmente aterrada, Natalia sollozando le dijo:

—¡Oh! tú no harás eso. No cometerás la cobardía de dejarnos á los tres abandonados... ¡Vamos, acuéstate!

Pero en su invencible obstinación de borracho, se marchó, llegó á la calle y al paso que huía, gesticulando exclamaba:

—Por esta vez, todo se acabó... ya no me volveréis á ver.

Natalia esperó su vuelta durante dos días, después, como el trabajo estaba retrasado y los clientes se impacientaban, entró en la fragua, encendió un puñado de virutas, echó encima dos paletadas de carbón y tiró lentamente de la cadena del fuelle. Como diariamente, desde su matrimonio solía ayudar á Lázaro, se había iniciado en todos los trabajos corrientes de una fragua de campo.

Levantándose á las cinco de la mañana trabajó sin descanso toda una semana despachando la obra retrasada. Las azadas, picos, rejas, azadones, puntas de arado, etc., etc., reparadas ó templadas, las fue colocando en fila arrimadas á la pared. Cuando era necesario un golpe ó un es-

fuerzo grande, llamaba á su hijo mayor, Simón, un hombrecito de doce años, de inteligencia clara y corazón animoso.

Simón, con ayuda de las tenazas sujetaba el candente hierro, y su madre golpeaba con todas sus fuerzas.

Cuando los parroquianos les preguntaban por Lázaro, ella les contestaba:

—Está en la ciudad... ocupado en sus negocios.

Sin embargo, cuando transcurrieron dos semanas, se apoderó de ella un desfallecimiento momentáneo.

A toda costa había que buscar una excusa verosímil para una ausencia tan larga.

—Lázaro ha encontrado una buena colocación en la ciudad... Ganaba poco en el pueblo para mantenernos á los cuatro. En adelante ya veremos. Mientras le reemplazo yo.

Ventajosamente.... respondían muchos.

Un sábado, después de mediodía, antes que los chicos viniesen de la escuela, se ausentó de la fragua por un cuarto de hora, trazó febrilmente unas diez líneas sobre una hoja de papel amarillento que sacó de un cajón, y una vez concluida la comida dijo á Simón y á su hermana que tenía dos años menos que él:

—No sabéis, hijos míos, vuestro padre ha escrito....

—¡Ah!—dijeron alegremente los chiquillos.

«Querida mujer: Te envío estas dos letras para decirte que estoy contento en la colocación que me han proporcionado, y si esto resulta, pronto podréis venir para conmigo. Abraza á Juana y á Simón y díles que continuamente pienso en ellos.»

La mirada de los niños se animó, mientras que los ojos de la madre se arrasaban de lágrimas.

La estratagema le pareció excelente.

Cada sábado, Natalia repetía esta escena, y así ni los vecinos ni sus propios hijos, sospechaban que había huído cobardemente de su hogar.

Ahora bien, una noche, por Todos Santos, el celador le envió un pliego cerrado: Era la noticia oficial del fallecimiento de Lázaro en un hospital de la ciudad.

Presas de una crisis, los niños se alarmaron al verla y la hicieron mil preguntas.

—No es nada, hijos míos... Id á dormir en paz, mañana os lo diré.

Era la época de la sementera. El trabajo urgente abundaba. Al día siguiente, á las cinco, Natalia, al entrar en la cabaña, percibió un resplandor rojizo hacia la fragua. Dió un grito creyendo que se trataba de un incendio.

Una vocecita soñolienta la tranquilizó:

—No tengas miedo, mamá... Enciende la luz.

La claridad indecisa del quinqué se paseó por sobre Simón, que se hallaba encorvado sobre el yunque como un hombrecito.

—¿Qué es lo que haces aquí? No te he sentido salir de la cama.

—¡Oh! he hecho poco ruido por no des-

pertarte. ¡Mira! el fuego está preparado para recibir el hierro.... Desde hoy soy yo quien encenderé la fragua todas las mañanas ¿no es verdad? y además ya ves el banco que he puesto para alcanzar el volante del taladro; desde encima de él podré hacer cuanta fuerza sea necesaria.

Sorprendida, creyendo estar soñando, después de la triste noche que acababa de pasar, le preguntó:

—¿Qué idea te ha dado...?

En la cara varonil del chico, se dibujó una triste sonrisa, y Simón, con esa voz dolorosa y grave de los niños que afrontan resignadamente las responsabilidades precoces que les lega la vida, contestó:

—Al verte llorar anoche, he comprendido que ya no tenemos padre!

Y con voz convulsa, añadió:

—Desde hoy, soy yo quien ocupará su puesto en esta fragua. ¿Me lo permites?...

«De La Voz de Luarca»

DOS VISITAS

I.

—Abre, que llaman...—¿Qué pasa?

¿A qué viene ese temblor?

—¿Quién es?—La Muerte, Señor.

—Dile que no estoy en casa.

—Es que veros le precisa.

—Despáchala.—¡Vano intento!

—Dile que aguarde un momento.

—Dice que viene de prisa.

—Pues hazle entrar, y los dos

Nos arreglaremos.—¿Sí?

Voy al instante...—¡Heme aquí,

Que vengo en nombre de Dios!

—¿Y podré saber, señora,

Qué os trae tan de repente?

—Anunciarte solamente

Que ya de partir es hora.

—¿Quién marcha en tales instantes

Estando tan mal dispuesto?

—Para disponerte á esto,

Ya tuviste tiempo ántes.

—¡Yo, señora!...—No oigo más:

Ven, que ya impaciente estoy.

—Mas..., decidme... ¿á dónde vóy?

—¡Infeliz! ya lo sabrás.

II.

—Llega á casa en este instante

La Muerte, que quiere verte.

—¡Ah! ¿nuestra amiga la Muerte?

Dile que pase adelante...

—Dispensa, buen caballero,

Si te hice mucho esperar...

—Sí, ¿por qué lo he de negar?

Hace mucho que os espero.

—Es que me detienen...—¿Quién?

—Los que hallo sin contrición.

—¿Y son muchos?—Muchos son,

Pues muy pocos viven bien.

—¿Y cómo me halláis á mí?

—De un modo tal que me place.

—¡Ay! Muerte, qué frío hace

Desde que estáis vos aquí!

—Es que se acerca la hora

Que marca el reloj divino Para emprender el camino. —Pues cuando gustéis, señora. —Falta un instante no más; ¿Estáis dispuesto?—Lo estoy. Más... decidme ¿a dónde voy? —No temas, ya lo sabrás.

J. A.

¡CÓMO OS ENGAÑAN!

Recordaré's, queridos lectores, que en una de nuestras CHARLAS anteriores os decía que eso del matrimonio civil es tan antipático en España que aun en las poblaciones más trabajadas por los principios destructores de la revolución ni siquiera había podido cuajar.

Acabamos de leer la siguiente noticia: «Dice una crónica de Valencia que en aquella capital se han celebrado en nueve meses y diez días, novecientos cincuenta y nueve matrimonios canónicos y siete civiles.

¡Y por estos siete ciudadanos que se han casado civilmente y que les importará un comino lo que dijo el Arzobispo, se ha promovido un jaleo piramidall»

Recordaréis también que en otra ocasión os dijimos que la madre del diputado socialista Jaurés había sido asistida con permiso y satisfacción de su hijo por religiosas.

Que la señora de Waldeck-Rousseau había sido operada en la Casa de Religiosas agustinas en París

Que muchos otros ministros franceses después de despótricar en público contra la Religión, veían con buenos ojos que ésta se enseñase en sus casas.

Que nada menos que un Mirabeau se entretenía frecuentemente en enseñar el Catecismo de la Doctrina Cristiana á su hija.

Que todo un Combes costea de su bolsillo particular la fundación, en su pueblo, de una iglesia al Sagrado Corazón de Jesús.

Que aquí en España, por no ser más pesados citando inconsecuencias sectarias, Canalejas y Moret, van á misa con sendos devocionarios debajo del brazo; que Romanones y Morayta el gran Oriente de la Masonería, llevan sus hijos á educarse con los religiosos.

Pues bien, este Morayta acaba de incurrir en otra inconsecuencia por el estilo; viene abogando por el matrimonio civil y consiente que su hija la señorita Isabel Morayta y Serrano, se case por la Iglesia, según «El Liberal». Contadísimos son, quizás no existan los que, abogando por el matrimonio civil, permitan á sus hijos amancebarse de tal modo.

Una de dos, ó estos señores no están seguros de las doctrinas que profesan ó son unos grandes hipócritas que no quieren para los suyos las doctrinas que predicán al pueblo, según frase del citado Mirabeau.

¡Decid, obreros todos, creyentes ó incrédulos, ¿estas cosas no os abren los ojos? ¿No servirá la evidencia para ver los hipócritas, no en los que profesan la doctrina de Cristo sino en los que os predicán la guerra á la Iglesia, para después ser ellos los primeros en desmentir con sus obras sus dichos, mientras vosotros, creyendo les, arrastráis una vida de infierno anticipado?

Obreros, por vuestro bien, medita un poco éstas cosas, no seáis tan cándidos.

¡ACUÉRDATE HERMANO!....

Este que aquí yace fué un hombre riquísimo y de gran influencia. Pasó entretenido en los negocios terrenales la mayor parte de su vida sin cuidarse gran cosa del más importante negocio cual es el de la salvación eterna.

La crecidísima fortuna que dejó, malgastándola entre sus herederos, sin acordarse de dedicar al muerto ni una plegaria siquiera.

Gran locura es que dejadas las cosas útiles y necesarias, entendamos con gusto en las curiosas y dañosas.

Cubre esta losa los restos de aquel que llenó el mundo con su ingenio, pero ¡ay! que las excelentes dotes de que Dios le había adornado para que las emplease en su santo servicio, las empleó en propagar la incredulidad, en excitar al vicio...

«Cuanto más y mejor entiendes, tanto más gravemente serás juzgado si no vives santamente.»

En este suntuoso panteón se guardan los ya inmundos restos de aquella mujer que tanto gastó en el adorno de su cuerpo y que tan poco caso hizo de su alma.

«No te ensalces por la gallardía y hermosa disposición del cuerpo, que con pequeña enfermedad se destruye y afea»

En esta sepultura adornada de ángeles y flores reposa el cuerpo de aquella otra mujer que creyó agradar á Dios rezando mucho y abandonando sus deberes.

«No está la santidad en tener muchas devociones, sino en cumplir cada cual con las obligaciones de su estado.»

En esta humilde sepultura descansa el cuerpo de aquel que el mundo tuvo siempre por un «infeliz».

Fiel cumplidor de los mandamientos de Dios y de su Iglesia, obediente siempre á la voluntad divina, murió en la paz del Señor.

«Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.»

Guarda este soberbio mausoleo los carcomidos restos de aquel furibundo librepensador que necio pretendía aniquilar á la Iglesia de Cristo y establecer sobre sus ruinas el reinado del placer y la incredulidad.

«Los hombres pasan; pero la verdad del Señor permanece para siempre.»

FUEGO GRANEADO

Una de las cosas que molestan á los periódicos impíos y á los hombres impíos es que el Papa y los Obispos y los católicos franceses, hayan rechazado la ley de separación que los masones promulgaron para Francia.

—¡Eso es una intransigencia aborrecible! —exclaman y además de intransigencia

es una locura. Con esto la Iglesia francesa pierde una renta anual de dieciocho millones de francos lo menos.

¡Diez y ocho millones! Eso no es nada. La Iglesia francesa pierde mucho más. Porque la masonería se apoderará de todos los fondos de las fábricas, se incautará de los templos, si puede, y hasta de los vasos sagrados, todo lo cual es de un valor incalculable. ¡Como que eran las ofrendas de piedad que por espacio de muchos siglos la Francia cristianísima había depositado ante los altares como un homenaje de amor de los corazones á su Dios, á su Virgen Madre y á sus santos abogados!

Pues á todo eso renuncia la Iglesia, todú consiente perderlo antes de claudicar en so fé y adorar al demonio. Prefiere que esos tesoros materiales se pierdan antes de perder un ápice, una partecita del tesoro espiritual de su doctrina.

—Todo esto te daré, ó más bien, todo esto te robaré—le dice la república masónica—si postrándote me adorares.

Y ella contesta como en otro tiempo Jesucristo al demonio:

—Escrito está que sólo adorarás al Señor tu Dios:..

A Dios solamente el honor y la gloria, y aunque se hunda el mundo y todo se pierda.

Claro que esto les choca á los anticlericales muchísimo, y lo juzgan un acto de locura.

¿Locura? ¡Naturalmente! Los católicos están locos. La Iglesia está loca. El Papa y los Obispos están locos. Locos, porque hacen cosas de que no son capaces los mundanos.

Y si no, vamos á ver, hagamos la prueba:

Que le diga á cualquier anticlerical, sea de España, sea de Francia, de Portugal, de Italia ó de cafrería, que le digan como le han dicho á la Iglesia:

—¡Amigo: si no transiges te vamos á dejar sin casa, sin medios de vivir, sin joyas sin rentas, sin lo tuyo, y vas á quedar pidiendo limosna como un mendigo!

Que le digan eso y ya se verá cómo transige en todo lo que le manden.

¿No ha de transigir? Y no por dieciocho millones ni por cientos de millones, sino por dos pesetas.

¡Conocemos á esa gente!

(De «La Lectura Dominical»)

TRES «REDENTORES»

La Libertad de Málaga publica la siguiente información en la que podrán encontrar saludable enseñanza muchos ilusos.

Recordarán nuestros lectores que, hace varios días, les informamos de un escándalo ocurrido en Gibraltar con unos pobres emigrantes llegados allí de diversos puntos de España, para embarcar con dirección á la República Brasileña.

Las personas víctimas del engaño eran nada menos que unas doscientas, y entre ellas se contaban muchas familias enteras, que al abandonar sus respectivos pueblos, vendieron todo su modesto ajuar hasta los colchones, y se trasladaron á la Línea según las instrucciones de los supuestos agentes de emigración, para embarcar en Gibraltar, y abonando á estos 25 pesetas por persona, en concepto de gastos de documentación, derechos, etc.

Pues bien: hemos visto unas hojas impresas anunciando la tal emigración y algunos de los recibos de las 25 pesetas firmados por Vicente March. Las referidas

hojas han circulado por todos los pueblos de la provincia de Málaga, y de todas partes han acudido infelices que, creyendo en la veracidad del anuncio y acosados por la miseria, no han titubeado en abandonar sus hogares y mal baratar sus modestos enseres para ir a buscar en lejanos países los medios de vida de que carecían en España.

Los agentes en cuestión han estado cobrando los cinco duros por emigrante hasta el último momento, aprovechando cuanto han podido, hasta que muy próxima ya la fecha en que aseguraban había de efectuarse el embarque para Gibraltar, han desaparecido, dejando abandonados, á tanto y tanto infeliz, cuya desesperación no tiene límites, al encontrarse sin hogar, sin dinero, y lejos de sus pueblos, sin medio alguno de subsistir, á menos que imploren la caridad pública.

Es una infamia tan grande, que consideramos imposible darle calificativo apropiado.

Es preciso ver el estado de desesperación de esos pobres, para condenar debidamente la conducta de los autores de tan miserable engaño.

Las autoridades de la Línea han tomado cartas en el asunto y según tenemos entendido, el juez á dictado auto de arresto contra los individuos siguientes, que son los que han desaparecido.

Vicente March, catalán, de unos 50 años.

Este individuo, reconocido como propagandista del anarquismo, tenía establecida una escuela laica al final de la calle del Clavel, en la Línea.

Diego Aranda, natural de Estepona y de edad de 31 años, también anarquista muy conocido por sus propagandas, por medio de furibundos discursos en mítins y círculos.

Salvador Rodríguez, de San Roque, joven de 18 años y, como los anteriores, anarquista exaltado, colaborador asiduo del periódico ácrata «El Anti-Cristo», que se publica en la Línea.

Esos son los tres individuos que, según los infelices emigrantes arruinados y burlados, han intervenido en el engaño, llevándose el dinero de tanto pobre, no obstante sus predicaciones igualatorias, su fogosa propaganda «en favor del proletariado», y su guerra á la propiedad. «que es un robo.»

Véase, pues, quiénes son los que hacen á España esa horrible sangría suelta que se llama emigración.

Por este curso se explicarán tres asuntos.

CHARLA

—Hombre, hombre! Por fin consigo verle y me alegro. ¿Acaso está V. resentido conmigo desde la discusión aquella?

—No por cierto. V. expuso su modo de pensar, yo el mio y en paz.

—Pero entre personas de recto sentir, de buen criterio, la razón siempre se impone. ¿No habrá sido provechosa para V. la discusión aquella? ¿No habrán los argumentos que le expuse vencido á las opiniones equivocadas de V.?

—...Puede.

—Me alegro á la vez que aplaudo su buena fé y elogio sus sinceridad. Si he de decirle la verdad le creía á

V. víctima de esas teorías socialistas ó anarquistas.

—Bien poco favor me hace. Yo pienso con criterio propio, según lo que entiendo y veo; no necesito que unos cuantos vividores, amigos de la libertad de pensar, me impongan sus ideas, no soy dominguillo de nadie.

—Me gusta esa independencia; con ella tiene mucho adelantado para el conocimiento de la verdad.

—Yo cuando rebato lo hago por convencimiento, nunca por sistema. La Religión Católica, aunque no la practico, es cosa que me gusta, es teoría que me encanta. ¡Ah si todos los que dicen la practican lo hiciesen fielmente! pero es el caso que muchos la toman como tapadillo de sus faltas cuando no de sus crímenes.

—No se lo niego y nadie dirá que esos tales obran bien, mas si, como V. mismo acaba de decir, la Religión Católica es cosa buena aunque no la practica, ¿por qué no la practica fielmente y entonces, como decía aquel santo á un murmurador: siendo buenos cristianos V. y yo habrá dos malos menos en el mundo? ¿V. es carpintero, verdad?

—Si señor.

—Y dígame, no habrá aquí en el pueblo, por ejemplo, muchos malos carpinteros, muchos *chambones* como ustedes dicen?

—No pocos.

—Entonces ¿por qué no abomina V. del oficio?

—Y qué tengo que ver con que los haya malos, lo que yo procuro es perfeccionarme en el oficio y ganar mi vida con él.

—Eso mismo le digo respecto del catolicismo; la religión es magnífica, sus preceptos son buenos y fáciles de cumplir, que Dios no nos pide imposibles, pues entonces cuidémoslos de practicarlos sin que tengamos en cuenta para nada los hechos de los malos ó de los hipócritas. Allá ellos, su castigo llevarán. ¿Calla V.?

—Creo yo que eso de la religión es buena para practicada en el fuero interior de la conciencia, dejándose de exterioridades ridículas que á nada conducen.

—Le advierto á V. que á Dios por ser quien es le debemos culto interno y externo ó público; ¿estaría bien que honrásemos á nuestro padre en casa y en la calle hiciésemos con él todo lo contrario! A quien queremos á quien respetamos lo mismo le queremos y respetamos privada que públicamente; lo contrario sería burla sarcástica.

—No quise decir eso, quise decir que para la gobernación de los Estados la Religión es una rémora.

—¡Quí! Para la gobernación de los Estados en sentido antireligioso, en sentido anárquico si; para la gobernación de los Estados en el buen sentido de la palabra ¡no!

—¿Y cómo me demuestra V. eso?

—Con la historia de ayer y con los hechos de hoy.

—No tengo prisa, ¿puede V. darnos noticia de esa experiencia y de esos hechos?

—Con mucho gusto.

«No hace aún tres siglos, dice un escritor francés compendiando en una página algunas de las grandezas de nuestra edad de oro, era España la primer nación de Europa.»

«Sus aventureros eran grandes hombres, sus capitanes los primeros y generales de la tierra.»

«Reinaba en los Países Bajos por herencia, en Italia y en Portugal por conquista;»

«había reinado en Alemania por elección, y en Francia merced á sus guerras civiles;»

«amenazó de muerte á Inglaterra, después de haber casado á un rey español con la hija de»

«Enrique VIII vió á los reyes de Francia en sus cárceles, y á los soldados españoles en París.»

«Se imitaban sus maneras, y hasta sus trajes se copiaban y eran moda en»

«las córtes de las otras naciones; su genio y su lengua,» que en todo el mundo se hablaba,»

«dieron á Francia en Corneille,» en Le Sage y en tantos otros, el comienzo y primer fundamento de su literatura.

Nuestros teólogos, nuestros filósofos, nuestros sábios en todo linaje de ciencias, conocidos y estudiados en todas partes, iban á la cabeza de la civilización.

Nuestra agricultura, nuestra industria y nuestro comercio, como las armas y las letras españolas, no tenían rival en toda la redondez del globo.

Y como confiesa otro historiador francés, nuestros santos poblaron el universo de familias de santos, cuando en Francia, en Inglaterra, en Alemania se había extinguido el fuego de la santidad, la luz de la fé estaba anublada por innumerables herejías, y hervían los vicios y pasiones en que se engendraron la Reforma y la Revolución con todos sus horrores, desastres y catástrofes.

Nunca pueblo ninguno, ni Roma en el apogeo de su gloria, alcanzó la extensión y poderío que España. El sol no se ponía un solo instante en los dominios españoles: todas las naciones del mundo, cultas y bárbaras, eran teatro y testigos de las grandezas de España, de la mayor grandeza moral, intelectual y material que han conocido los siglos; y la fama de sus obras y la gloria de su nombre rodeaban y llenaban todo el orbe de la tierra.»

¿No recuerda V. también aquel otro párrafo elocuentísimo de un escritor liberal de nuestros tiempos, don Juan Valera? y que le cité en otra ocasión? «Lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusión es que la edad mas floreciente de nuestra vida nacional, así en preponderancia política y en poder militar como en ciencias, en letras y artes, fué la edad del mayor fervor católico, de la mayor intolerancia religiosa.»

Disminuyó este fervor católico, desapareció esta intolerancia religiosa, nuestros gobiernos empezaron y siguen al presente entretenidos en sus pujos de anticlericalismo, en su guerra mas ó menos solapada á la Iglesia de Cristo, y la decadencia de España llegó al grado de envilecimiento en que hoy la vemos.

Merecen recordarse estos desconsoladores párrafos de un elocuente discurso:

«¿Qué nos queda en este truncado y mutilado pedazo de tierra que todavía se llama España? ¿El subsuelo? Casi todas las minas, riqueza inmensa de este país, son de empresas extranjeras, que con su influencia incontrastable llevan los trazados por donde quieren, llevan la vida á donde les conviene, impiden la construcción de otras líneas favorables á los pueblos si han de competir con las suyas, y subordinan á su interés el transporte de nuestras mercancías, nuestras legítimas ganancias, y aun las vidas de los viajeros. ¿Las grandes empresas, las únicas que todavía producen pingües ganancias? Casi todas son empresas extranjeras: seguros de todo género, tranvías de toda especie y en todas partes, toda suerte de Bancos, casas de giro... Capitales ingleses, franceses, alemanes, americanos, ó protestantes ó judíos, sin contar los repetidos y cuantiosos y abrumadores empréstitos extranjeros, que no vienen á formar parte integrante de nuestra riqueza nacional y aumentarla y difundirla en España; que, al contrario, vienen como colosales vampiros á chuparnos la sangre. á empobrecernos, á arruinarnos, á extraer la riqueza de nuestra nación y llevársela á otras naciones. ¿Qué nos queda? ¿Los campos? ¿La agricultura? Por momentos se destruye, y cada día nos queda menos. Todos los años emigran á miles los propietarios que tienen que abandonar sus haciendas por falta de medios para cultivarlas y pagar sus tributos, y los jornaleros que no hallan trabajo ni manera de vivir; todos los años, á cientos y á miles, se venden en pública subasta las tierras y fincas de nuestros labradores, y muchas que no tienen licitadores y se convierten en baldíos y desiertos erizados. Cada día es menor el territorio útil y productivo y poblado en España; en extensísimas comarcas, especialmente tierra adentro, las fincas, raras y aisladas, parecen oasis perdidos en la inmensidad del desierto; año á año y día á día se va reduciendo más y más España, porque si no se estrechan sus límites, se hace inútil y es como si no fuera gran parte de su territorio. Y no os molesteis en idear nuevas industrias; no os canséis en buscar nuevas fuentes de riqueza; en cuanto brota una fuente de riqueza allí está el fisco para ahogarla.»

Ahora dígame V. con qué sinceridad que le distingue ¿es la Religión Católica una rémora para la gobernación de los Estados ó es causa de evidente progreso y bienestar?

—Estoy conforme con V. porque los hechos son convincentes pero aun tengo que hacerle algunos distingos que dejo para otro día.

—Para cuando V. quiera; siempre tendré en contestarle suma complacencia.

—Muchas gracias.

LECTURAS PROHIBIDAS

Hallándome cierto día en una casa de campo, trabé conversación con su dueño acerca de un libro malo que alcanzaba por entonces cierta celebridad.

—¿Lo ha leído usted?—preguntóme.

—Yo no, porque no puedo, según el juicio de personas autorizadas.

—¡Ah! Usted ha hecho mal, amigo mío; es preciso leerlo todo.

Iba á oponer la debida réplica, cuando providencialmente, sin duda, entró, introducido por la cocinera, un verdulero con un cesto de magníficos hongos. Mi amigo que era aficionadísimo á ellos, los observó y olió y luego me dijo con aire poco satisfecho;

—¿Qué le parece á usted?

—¿A mi me lo pregunta usted?—dije—razonable es pedir el parecer á la cocinera, que es juez competente en la materia.

Requerida ésta, declaró que los hongos eran venenosos; por lo que mi amigo dijo que fuesen inutilizados.

Dispense usted, querido,—le dije,—primero debiera usted probarlos por si mismo.

—Pero, ¿y si fuesen nocivos?

—No, no; es preciso hacer experiencia de todo. ¿No me lo acaba de decir ahora mismo á propósito del libro?

Al oír estas palabras comprendió mi amigo la moraleja y estrechóme la mano con efusión.

Lector prudente, dejemos á la cocinera juzgar acerca de los hongos, y á la Iglesia que juzgue y condene los libros. Muchos se han envenenado moralmente por el insensato prurito de querer juzgar por si mismo los libros y periódicos reprobados.

REMACHANDO EL CLAVO

¿Quién arrancó del corazón de tantos infelices la religión materna á la que tanto amaban? La mala prensa. ¿Quién les enemistó y continúa enemistándoles cada día más con el sacerdote? La mala prensa. ¿Quién les indujo á tamaño excopticismo de ideas para que con la mayor indiferencia arrostran el problema de la eternidad y muertos quieran ser llevados como jumentos, sin luces y sin cruz, á pudrirse en un muladar? La mala prensa que pone todo su conato en denigrar el cielo, magnificando solamente la tierra y sus goces, sus riquezas y sus glorias. ¿Quién no ve que la mala prensa es la más horrible máquina de guerra que ha manejado el infierno?

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Casas para obreros. —El anciano canónigo de Badajoz, D. José Doncel y Ordaz, ha pedido permiso á aquel Ayuntamiento para construir ocho casas que regalará á los obreros que la Corporación designe.

El Ayuntamiento, aceptando el generoso ofrecimiento, le ha dado las gracias.

La prensa extremeña le elogia, como lo merece.

Juiciosa observación de Mr. Taine. —Con motivo de la inauguración del monumento erigido á la memoria de Mr. Taine, el notable historiador del antiguo régimen y de la revolución francesa, es de oportunidad recordar las siguientes frases de dicho historiador:

«He observado un hecho curioso y es que todos los pillos, todos los petroleros, todos los borrachos, toda la gente mala son enemigos de los curas; y en cambio, los hombres de bien, las personas honradas, caritativas, de buenas costumbres, casi todos tienen simpatías y respeto á los sacerdotes. Estos son hechos que nadie podrá negar.»

Caridad de un párroco. —Digna de recompensa, y desde luego de entusiastas plácemes, es la conducta observada por el párroco de Benijofar (Alicante), uno de los pueblos que más han padecido con las inundaciones últimas.

Este sacerdote ha salvado de una muerte cierta á más de veinticinco personas, con grave exposición de su vida.

Ha entregado todos sus modestísimos ahorros para los damnificados, y á gran número de los que se han quedado sin albergue los ha llevado á su casa, donde viven desde el día en que la inundación hizo los primeros estragos.

Quando los hombres de ánimo más templado huían aterrorizados por salvarse, abandonándolo todo, el caritativo sacerdote realizaba heroicas empresas de salvamento.

Universidad popular. —En el Círculo Católico Obrero de San Vicente Ferrer de Valencia se inaugurará el día 3 del actual esta nueva Institución que se espera sirva de base á la implantación de las instituciones sociales que exigen las actuales circunstancias.

En este curso se explicarán tres asignaturas de lo que puede considerarse como más indispensable á los obreros en general, á saber: «La Religión», «La Naturaleza», demostradora de la verdad del dogma; «La sociedad y la vida económica», tal como deben ser, á fin de solucionar, en cuanto lo consienta la imperfección humana, el problema del hambre.

Estos tres cursos se han ofrecido á explicarlos desinteresadamente personas de reconocida competencia.

Pensamiento. —Hace mil nueve cientos seis años la Iglesia Católica viene luchando contra todos sus enemigos sin ser nunca vencida.

Si los que la combaten reflexionasen un poco sobre esto, dejarían de combatirla, pues al ver cómo se vivifica en los combates reconocerían en ella la virtud de Dios.